La expiación fué de valor infinito, es verdad: ¿pero quedó con ella satisfecho el amor del Señor, rico siempre de bondades, y liberal y magnífico en ejercerlas? No. Jesucristo constituido hermano, sacerdote y víctima de la humanidad, reproducirá voluntariamente estos oficios; porque más de una vez se repetirá todavía en el largo trascurso de los siglos, la triste desobediencia del Paraíso; porque la ingratitud hará olvidar á la naturaleza humana el grado de nobleza á que por la redención fué enaltecida; porque ¡oh dolor! volverán á romperse por el pecado, las relaciones de amistad á tanta costa restablecidas entre el hombre y su Autor.

La Eucaristía, institución incomprensible del poder y del amor de Dios, perpetuará sobre la tierra el grande sacrificio de Jesús. La Eucaristía, ligando íntimamente la naturaleza humana con la divina, será la hermosa víctima de propiciación destinada á expiar continuamente, hasta el último dia de los tiempos, los crímenes de la humanidad ingrata. La Eucaristía, bello tesoro descendido del cielo, será el eficaz remedio del pecado, causa única que puede separarnos de Dios. ¡Ah! El rayo de la justicia se apaga en las manos del Eterno, al ofrecerse sobre nuestros altares esta Víctima adorable, y la compasión más tierna ocupa el lugar del castigo. El valor inmenso de esta hostia de expiación, guarda siempre la proporción más perfecta con los bienes que atrae y con los males que aleja. Sin ella, habríase la virtud ausentado del mundo, y los crímenes tendrían en él su des-

pótico imperio; sin ella, los vínculos del amor y de la armonía social estarían disueltos; sin ella, más de una vez la calamidad y la muerte habrían destruido las naciones, y la desolación universal sentaríase ya junto á los escombros del universo.

VI

Si la razón humana, esencialmente débil, llega alguna vez á remontarse, por un esfuerzo natural, más allá de su esfera activa, y alcanza á descubrir todo lo que hay de grandioso y sorprendente en la dilatada serie de los séres creados y sus multiplicadas relaciones, ¿á qué grado no llegará su acción si, en alas de la fe, sube á los arcanos insondables de la bondad del Sér infinito? Pasando allí de misterio en misterio, abrirá por fin y recorrerá las incomprensibles páginas del libro de la redención; allí la verá consumada en la cruz por la vez primera, y mil y mil veces reproducida sobre nuestros altares hasta el fin de los tiempos. Ese sacrificio continuo aparecerá entonces como la más bella realización de los altísimos designios del Eterno.

Grande, omnipotente y perfectísimo en sí mismo, antes de todos los siglos, plugo á su voluntad en la creación, arrojar de sí un destello de sus perfecciones: infinitamente compasivo y generoso después de la primera culpa del hombre, hizo en la redención ostensibles sus bondades; pero liberal y magnífico con exceso, tierno y amante sobre toda

ponderación, se constituye víctima perpetua y universal, para extender al través de las edades sus misericordias y su amor. Así desde la eternidad ordenaba los medios; así los hacía cumplir en el tiempo; así se preparaba, en fin, para ejercer los oficios de mediador incesante de todos los tiempos y lugares, revestido del doble carácter de sacerdote y hostia de expiación, asociando á tan sublime sacerdocio á los mismos que tanto ha amado y engrandecido. Y nosotros existimos cuando estos designios se realizan: nosotros hemos sido llamados á la vida para presenciar el espectáculo sublime de un Dios que sin cesar se ofrece por nuestro bien: nosotros palpamos la realidad, porque con predilección fuimos antepuestos á los que vieron las figuras y oyeron las promesas. ¡Sentimientos de gratitud, salid! ¡Corazones mortales, exhalaos en júbilo! ¡Naciones todas, cantad!

No hay un solo momento en que no suba al cielo el suave olor de esta Víctima adorable. A medida que el astro-rey esparce sus rayos sobre ambos hemisferios, se ofrece sucesivamente en toda la redondez del globo. Se ofrece con pompa y aparato magnífico en las suntuosas basílicas de las grandes ciudades; se ofrece con modesta sencillez en las retiradas ermitas de los campos; se ofrece bajo las añosas encinas de los bosques, ó bajo la tienda de campaña en presencia de un grupo de valientes; se ofrece, por último, á bordo del bajel que conduce al navegante á países extraños y remotos. Este divino sacrificio constituye la parte

principal de nuestras solemnidades, santifica el júbilo religioso del pueblo fiel, inaugura las empresas difíciles, corona los grandes sucesos del Estado, bendice la unión nupcial, alivia el corazón atribulado, expresa las alegrías domésticas, y sirve de sufragio al mortal, cuando su frio cadáver está para esconderse en la fosa.

Germen y perfección de la felicidad humana en el tiempo y más allá, la religión verdadera se resume toda en este perenne sacrificio, porque él es el monumento grandioso, el memorial imperecedero de la pasión y muerte de Jesús. "Todo el culto cristiano tiene un centro: es Jesucristo mismo, ofreciéndose en sacrificio y permaneciendo bajo las apariencias de pan y vino, entre los hijos de los hombres, para alimentarlos con su pura substancia, santificarlos con su presencia, é interceder por ellos cerca de su Padre celestial. La Iglesia convoca en derredor de este centro divino, todos los homenajes de la inteligencia humana. La arquitectura eleva el templo; la pintura y la escultura lo decoran, la industria cincela los vasos, teje los ornamentos santos, ilustra con el buril los libros de las oraciones; la música hace resonar con armoniosos acentos la sonora nave; la elocuencia lo llena con sus ecos sagrados, y la poesía misma está invitada, como los demás, á asociarse á los elogios de la Divinidad y á inspirar piadosas emociones á las almas." [1]

1 Maiche. Restauración de la sociedad moral por el Cristianismo, Cap. XXX.

VII

Es altamente solemne el momento en que el sonido del bronce llena los aires en la elevada torre, para anunciar la inmolación de la gran Víctima. Sobre ese bronce que suena se levanta la cruz, símbolo de la Redención, de la felicidad y de la gloria. ¡Que todos, al oirlo, puedan decir con el Centurión del Evangelio, en la efusión de su espíritu: "verdaderamente Éste es el Hijo de Dios."[1]

1 S. Marcos. XV, 39.

REFLEXIÓN III

EL DIA Y LA NOCHE.

Haec requies mea.
Este es mi descanso.
PSALM. CXXXI, 14.

I

DESPUÉS que hubo resonado en los oídos delincuentes de los progenitores del género humano, el eco de maldición, origen fatal de su desgracia, el pecado y la muerte, enseñoreados del mundo, ejercieron su imperio en todos los sitios donde antes había puesto complacido sus miradas el Hacedor Supremo. Cambióse en objeto de ira el que era objeto de complacencia; y abandonada la razón humana á su propio dictamen, no solamente recorrió en breve los senderos todos del mal, sino que arrancó también de la Eterna Sabiduría un suspiro de dolor y de arrepentimiento.[1] El género humano, corriendo de aberración en abe-

1 Génesis. VI, 6.